

En las tinieblas

Por Isidoro Moreno

En estos tiempos que corren, tan críticos para el futuro del país, los españoles de a pie estamos siendo bombardeados, desde las páginas de diarios y revistas, por un sinfín de declaraciones de personajes y personajes pertenecientes a eso que ellos mismos han dado en llamar la «clase política».

Nuestra capacidad de atención, e incluso de paciencia, ha sido puesta duramente a prueba, ya que, junto a alguna manifestación de verdadero interés —por el cargo de quien la realizó o por el contenido mismo de ella—, hemos tenido que sufrir la lectura de opiniones bien peregrinas y de obviedades de a puño, que pueden permitirse el lujo de ver en letras de imprenta un bien reducido número de ciudadanos para los cuales sí existe el derecho de expresión, aunque en realidad, y por desgracia, tengan muchas veces bien poco que expresar.

Valga con una muestra: el consejero nacional del Movimiento por la provincia de Badajoz, señor Sánchez de León, nos descubre ahora que, efectivamente, hay gentes en el país «de lo que se ha venido en llamar izquierda»; explicando la, al parecer, sorprendente realidad «por intereses económicos, por biología juvenil y por más causas aún». Y se quedó tan tranquilo nuestro hombre. Otro consejero nacional que parece ahora surgir del túnel del tiempo, don Adolfo Rincón de Arellano, nos habla rocambolescamente de que «la Falange es una ilusión desorganizada y el Movimiento una organización desilusionada». He aquí, en un trabalenguas del tipo de «tres tristes tigres», su definición del intramuros del sistema.

El presidente nacional de los Círculos José Antonio afirma muy seriamente que «el Movimiento Nacional nada tiene que ver con la Falange, ni como idea...». ¿Entienden ustedes cómo es esto? Yo no, la verdad, pero aún nos quedan por vivir situaciones aún más pintorescas. Si no, al tiempo, ya verán.

Uno de los políticos ya citados, Rincón de Arellano, propugna la idea de dos asociaciones «que tengan por finalidad frenarse y excitarse mutuamente». O sea, la versión política española de las aventuras de Tom y Jerry; si bien la frase también podría interpretarse de acuerdo con sus resonancias eróticas.

En el plano laboral, al «audaz» avance realizado hace unos meses con la decisión de llamar huelga a la huelga, ha sucedido una declaración de tintes bucólicos, en boca del ministro del ramo, don Licinio de la Fuente, mostrándonos que «el ideal sería conseguir que la huelga no fuese necesaria»; verdad de perogrullo, donde la haya, pero que carece de sentido mientras se mantenga el tipo de relaciones laborables que hoy existe en España.

Como vemos, la serie de perlas políticas que llenan hoy los periódicos es interminable. La «clase política» —se confiese dentro del sistema o se trate de la «oposición» permitida— no puede quejarse de que le falte precisamente la libertad de expresión, como tampoco carece de la de reunión, sobre todo en torno a una mesa con mantel, cubiertos y discursos, contrariamente a lo que sucede para otras clases y capas sociales.

Pero de entre todas estas declaraciones se lleva la palma, al menos para nosotros, la de un político que, en su nostalgia por el antiguo sillón ministerial, confiesa, con tono que habría de conmover al corazón más duro, su triste sentimiento de que «cuando no se está en el Gobierno, se está como en las tinieblas exteriores de la política».

Cuando leí lo anterior, no tuve menos que recordar esa escena, que tantas veces nos repetían en el colegio, del ángel con la espada llameante arrojando a los pe-

cadores del paraíso, y también la apocalíptica del valle de Josafat, en que los perversos serían arrojados por toda la eternidad a las tinieblas. Supongo que para Mertes Alfonso, el dolido ex ministro en cuestión, cualquiera de estas dos versiones sería válida, porque el simil, en contra de lo que alguien podría pensar, no se halla tan lejos de lo real.

En efecto, si en la política española actual todo lo exterior al centro del poder —el Gobierno— son tinieblas, es porque realmente todo se cuece en éste, sin que apenas para nada se tenga en cuenta al resto. Y esto no lo decimos nosotros, sino que se deduce directamente de las palabras que comentamos. De ahí que para los políticos del sistema no haya otro centro de atención que lo que ocurre o deja de ocurrir en el Gobierno y sus alrededores; que los rumores, dimes y diretes sobre tal o cual ministro, ex ministro o ministrable. Lo que ocurre en el país, qué piensa, dice o hace el pueblo, cuenta bien poco. Todo ello sucede en las «tinieblas exteriores» y tiene poca importancia. De aquí que quienes quieren «estar» procuren entablar su particular batalla para huir de las tinieblas y situarse otra vez en el único foco de luz: en el Gobierno.

Claro, que si uno piensa que de los treinta y cuatro millones de españoles no mucho más de un centenar habrán estado, aunque sea fugazmente, alguna vez en la luz (el Gobierno) y no llegarán al millar los que hayan vislumbrado una cierta claridad (subsecretarios y directores generales), hay que preguntarse si no es ya hora de que los demás, esos que hemos vivido hasta ahora en las «tinieblas exteriores de la política», logremos desterrar de una vez las sombras, consigamos la luz para todos (es decir, la participación directa en las decisiones) y rechacemos a todos aquellos que quieran alcanzarla para sí mismos, a espaldas y en detrimento del resto de la nación y a cambio de que toda ella permanezca en la oscuridad o se contente tan sólo con una penumbra más bien tenebrosa.

(2-X-1974)